

Alforjas para la economía

Por José Luis HERBERA

SONO el teléfono con retintín de conferencia, y era conferencia. Mi compadre me llamaba, desde el casino del pueblo más o menos unido, seguro que delante de todos para marcarse un corte memorable:

—¡Que digo, compadre, que la primera en la frente! Ya ves lo que te pasa por haberte enrollado. Tú, que ibas para dominico, nos has salido ahora *suaresiano*. Pues chúpate esa...

Y llevaba razón el hombre. La primera, verdaderamente, en la frente. Porque una cosa son los propósitos generales progresivos del programa económico del Gobierno, o sus propios proyectos insinuados, que habrán de pasar por el cedazo democrático de las Cortes, y otra muy distinta las treinta y siete devaluadas por litro de gasolina «súper», que ahora nos explicamos por qué es «súper». Sobre todo cuando en los propósitos generalísimos, con perdón, figuraba el de entrarle —de una vez y por derecho— a los impuestos directos sobre los beneficiarios de rentas suntuosas, en vez de recurrir, como siempre, a los impuestos indirectos, que sacuden el mismo palo en todas las cabezas, pero hacen menos daño al que tiene la cabeza metida en una caja fuerte. Lo cual está pero que muy puesto en razón. Pero —¡ay, don Enrique!— puesto nada más que en razón.

¿Qué ha pasado a la hora de la verdad? Lo que pasaba antes —*id est*, durante lo vitalicio de las magistraturas—, sin enmienda ni tachadura. Ha pasado que hemos vuelto a confundir el crudo con el cocido, pero añadiéndole un chorrito, se conoce que por aquello de la voluntad. ¿O no? Vamos a ver. Devaluada la pesetita en un 19,7, quiere decirse que el crudo oro negro nos ha subido un 19,7 en el precio del barril. Y entonces nuestro democrático sanedrin, con todo y el molón de sabios que en él se integran, va y sube el cocido —es decir, el conjunto de crudo, refino, juguetes para los niños de los concesionarios, reivindicaciones de los de la manguera y, sobre todo, impuesto indirecto sobre el líquido carburante— en un 19,3. Que, al *respective* de lo que supone el material en sí mismo, o sea, la gasolina-gasolina, se pone en un 66,66, así de periódico y de purísimo.

Porque la gasolina, por *super* que sea, cuesta menos de diez pesetas el litro todavía...

No es preciso insistir en cómo andan de preocupados por tamaña subida los miembros de nuestra sufrida plutocracia. Vamos, dispuestos a no salir de Puerto Bannús en lo que queda de agosto. Porque a ellos es a quienes, de verdad, afecta la formalidad del Gobierno, que ha entendido muy pronto que prometer y no dar, como decía mi abuela, no descompone casa. A los demás nos resbala la cosa. Y si no nos resbala, pues nos hacemos la puñeta, que es lo que hay que hacer, al menos hasta que nuestros sapientísimos economistas anuncien que se van a subir sin piedad los impuestos indirectos y, para pasmo del mundo, se decidan a subir los directos, con una maniobra de distracción tan eficaz como consuetudinaria. Espo.

¿Qué ha hecho ante esta medida la oposición prerrepública? Pues en una proporción notable, no aplaudir al Rey en las Cortes. En una singularidad simbólica —cual la del inefable don Alfonso Guerra—, acudir vestido de hacendado caribeño allí donde se le rogaba traje oscuro, y para que todo quedara tan claro como el traje, obsequiar a la parroquia con toda clase de gestos, posturas y viaje de manos a los bolsillos del mejor gusto parlamentario y europeo. Vamos, de lo más homologado.

Y es lo que dice mi compadre, que se ha dejado la hijuela en el teléfono. Sí, por una parte, la reforma fiscal consiste en atzarle a la gente media, como siempre. Sí, por la contraria, la oposición consiste en exhibir la propia mala crianza. Si la democracia juega, en sus decisiones, a lo de antes, y si el marxismo no comunista —es decir, el marxismo con sifón— vuelve a ser cosa de burguesitos organilleros y jaquetones, resulta que la cosa de los cuarenta años de inmovilismo —que dice don Laureano López Rodó— es mucho más grave de lo que nos parecía. Resulta, en resumidas cuentas, que nuestro proyecto de aceleración, progreso y homologación europea empieza, como los proyectos espaciales, con la cuenta atrás. Pero en el mal sentido de la palabra. Y para este viaje que nos han tirado, con la técnica de siempre, al bolsillo, no hacían falta tan sabias, tecnológicas y criptógramas alforjas.